

## PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Para cualquier autora / autor de un libro, una segunda edición es siempre una buena noticia, amén de un aliciente. Si el libro es, como en nuestro caso, un producto directamente vinculado con tareas de docencia y, sobre todo, de investigación (es decir, generación de nuevos conocimientos), la cuestión de salvar erratas y de introducir mejoras, correcciones, y/o ampliaciones es insoslayable. Se trata de un desafío: cómo introducir las sin escribir un nuevo libro o, al menos, de reescribirlo más o menos sustancialmente, una tentación siempre presente. Hemos procurado resolverlo atendiendo solamente al núcleo duro de este primer tomo.

Nos explicamos. Al referirnos al núcleo duro aludimos a la argumentación central que hemos desarrollado en la primera edición. Básicamente, el mismo se mantiene en esta segunda. ¿Qué tiene de nuevo ésta? En primer lugar, hemos salvado algunas erratas que se deslizaron, pese a los cuidados, en aquella. Más importante, en cambio, son las varias modificaciones y/o ampliaciones sustantivas que hemos añadido, sean ellas derivadas de nuevos conocimientos y aportes propios y/o de terceros, de nuevas lecturas y de relectura de otras, de comentarios, observaciones y sugerencias que nos formularan comentaristas, colegas y lectores y lectoras que han utilizado el libro para su actividad docente o, simplemente, para saber más sobre nuestra región. Así, hemos introducido modificaciones y ampliaciones en la Introducción y en los capítulos 3 y 4, mientras el 1 y el 2 se mantienen casi igual.

Una aclaración: escribimos la expresión América Latina con mayúsculas en ambas palabras por considerarla un sustantivo compuesto, un nombre propio, como en el caso de los dobles apellidos. Con ella designamos un colectivo heterogéneo, diverso, pero unido, es decir, una identidad opuesta a otra identidad (una alteridad), como puede ser Europa o América del Norte (y más específicamente, Estados Unidos). En cambio, escribimos América latina (la segunda con minúscula) cuando hacemos referencia a la dimensión cultural o lingüística, para diferenciarla de la anglosajona. Escribimos, pues, América Latina, mas no América Anglosajona, cuando nominamos. Hay una Europa latina (un colectivo cultural y lingüístico), pero no hay una Europa Latina (un colectivo político). América Latina es también un proyecto, el de la unidad, el de la Patria Grande, el de Nuestra América. Es un proyecto múltiple, pero, sobre todo, político.<sup>1</sup>

El continente que los conquistadores llamaron América no constituía, originariamente, un espacio unido, sino fragmentado, con escasas relaciones generalizadas y con numerosos y frecuentes conflictos, conquistas, etc. La

---

<sup>1</sup> Los párrafos siguientes, hasta el final, son una reescritura de Ansaldo (2013).

unidad fue el resultado de la dominación colonial, generadora de un gran espacio (la América española) y de otro, menor espacialmente, mas con tendencia expansiva (la América portuguesa). La dominación colonial unificó política, administrativa, cultural, religiosa y lingüísticamente a espacios originariamente fragmentados y con notables desigualdades en cuanto a su nivel de organización social, de modo que existían grandes civilizaciones de montaña (inca, azteca e incluso la por entonces periclitada maya) y pueblos nómades y escasamente desarrollados dispersos a lo ancho y largo del continente por bosques y llanuras. Pero no forjó naciones. Como decimos en el capítulo 1, los pueblos originarios, organizados en civilizaciones notablemente desarrolladas, o apenas articulados, estaban fragmentados, dispersos, no pocas veces muy enfrentados (las guerras de conquista no les eran ajenas). Fue el colonialismo quien, al someterlos, los unificó bajo un mismo poder omnicompreensivo: unidad en la diversidad, pero como dialéctica perversa, es decir, como contradicciones sin solución.

No pocos promotores de la unidad latinoamericana han señalado y señalan como una ventaja para ella la herencia de la comunidad o coincidencia lingüística, herencia que a nuestro juicio debe ser descartada. Pensar en esa comunidad (básicamente castellano y/o portuguesa parlante) es menoscabar la multiplicidad de lenguas que se hablan en América Latina, el espacio en el cual existe la mayor riqueza del mundo en familias lingüísticas (están registradas 99). La población actual de la región ronda los 500 millones de habitantes, de los cuales el 10 %, por lo menos, es indígena (media regional, con el extremo más alto en Bolivia y Guatemala, con 66 y 40 %, respectivamente). Si se quiere algo más de precisión: hay cinco pueblos indígenas -Quechua, Nahuatl, Aymara, Maya yucateco y Ki'che'- que superan los millones de personas, mientras otros seis -Mapuche, Maya qeqchí, Kaqchikel, Mam, Mixteco y Otomí-, tienen poblaciones oscilantes entre medio y un millón de habitantes.

El 87 % de los indígenas de América Latina y el Caribe vive en México, Bolivia, Guatemala, Perú y Colombia, mientras el restante 13 % se distribuye en 20 países. El colectivo es de 522 pueblos originarios que hablan 420 lenguas distintas, de las cuales 248 están consideradas en peligro de desaparición. Debe prestarse atención a un hecho: de esas 420 lenguas, 103 (24,5 %) son transfronterizas (esto es, se hablan en dos o más países), destacándose el quechua, que se habla en siete países (Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador y Perú). Los quechua-parlantes se estiman entre 9 y 14 millones, seguidos de los guaraníes, que se calculan entre 7 y 12 millones.

Como es dable apreciar, se trata de presencias que no pueden ignorarse, salvo que quiera repetirse, como en el pasado, la denigrante política de imponer una etnia, una cultura, una lengua, una religión a una diversidad de etnias, culturas, lenguas y religiones, cada una tan valiosa y preservable como cualquiera. Ningún proyecto democrático, inclusivo y plural de unidad latinoamericana puede soslayar la cuestión lingüística. Las 420 lenguas de los pueblos originarios de lo que llamamos América Latina son repositorios de historias, conocimientos, cosmovisiones, saberes y valores, es decir, culturas. Ignorar las lenguas es, entonces, ignorar las culturas que ellas transmiten.

¿Desde dónde construir la unidad o la integración latinoamericana?  
¿Desde los gobiernos y/o los Estados, o desde los pueblos? ¿O desde unos y otros? Los resultados serán distintos si el camino es una u otra de las opciones. Toda construcción desde arriba puede que sea más rápida, pero sus bases serán débiles. Allí está la experiencia de la Unión Europea para

probarlo, proceso que, como Edgar Morin, primero, y Ulrich Beck, luego, han señalado, es feble porque es una construcción hecha con carácter elitista, como acota el segundo de ellos. Construir la desde abajo es más lento, complejo y, por ende, más largo. Pero es la única forma de dotarla de basamento sólido. Cuanto más tiempo se tarde en seguir este camino, tanto más moroso será, ya no coronar el proceso, sino poner los cimientos. Por cierto, no es fácil decidir qué tipo de pozo hay que hacer para la construcción. Como en la de edificios, todo depende del suelo. En la metáfora, los suelos son las culturas, las memorias colectivas, los imaginarios sociales, la autoconciencia que los hombres y las mujeres de cada país latinoamericano han ido forjando a lo largo de su vida independiente.

En 1865, José María Torres Caicedo formuló un diagnóstico acertadísimo, que conviene tener bien presente hoy: los intentos de Liga y Unión, desde el Congreso de Panamá hasta el de Lima, no avanzaron porque los gobiernos partícipes *“han tenido en mira las relaciones entre ellos más bien que las relaciones entre los pueblos; han querido estatuir sobre puntos de menor importancia, olvidando los grandes intereses continentales”* (Torres Caicedo, 1865: 24-25; itálicas nuestras).

No se contribuye a forjar una conciencia latinoamericana y latinoamericanista y un imaginario social de unidad supranacional si no se crean y utilizan los instrumentos imprescindibles para tal tarea. ¿De qué sirve que gobiernos proclamen su vocación integradora si, al mismo tiempo, cotidianamente los hombres y las mujeres a los que gobiernan tienen expresiones xenófobas, racistas, discriminatorias para con hombres y mujeres de “pueblos hermanos”? Sin ir más lejos, los “cantos” que se vociferan en los estadios de fútbol, en su xenofobia, racismo y nacionalismo, son más elocuentes, dicen mucho más que la simple vergüenza de ser expresados. En 1891, José Martí reclamaba que se enseñara la historia de América, desde los tiempos de los Incas hasta el presente, aunque no se enseñara la de los arcontes griegos, pues la primera nos es más necesaria. Al respecto, nuestro sistema educativo atrasa más de un siglo. En ese sentido, nuestro libro apunta a fortalecer ese reclamo y a darle una modesta contribución.

Definir un proyecto actual de unidad latinoamericana no puede ser más que el resultado de una confrontación política de fondo. La unidad puede hacerse con sociedades que hoy tienen o luchan por tener modelos estructurales distintos, aunque prime el capitalista. La unidad debe admitir la diversidad y la diversidad, la unidad. José Cecilio del Valle entendía que esa era una ecuación intercambiable. Las experiencias actualmente en curso –si bien tienen el mismo déficit que Torres Caicedo señalaba en las de su tiempo, esto es, son más de los gobiernos (incluso más que de los Estados) que de los pueblos– registran ya algunas posiciones positivas, particularmente la Unión de Naciones Sudamericanas UNASUR), con su varios Consejos Sectoriales, la más amplia Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) y la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA). Pero también cuñas peligrosas para la unidad, como la Alianza del Pacífico.

Entre las muchas cuestiones a resolver, sostenemos que el proyecto debe orientarse a la construcción de una comunidad plurinacional y pluriétnica, más que a una única nación. Reconociendo la pluralidad de naciones, etnias y culturas se debilitan las posibilidades de imposiciones de una o más naciones, etnias y culturas sobre otras. Remedando a José Martí, quien se

refería a las literaturas, bien puede decirse: Conocer diversas culturas es el medio mejor de liberarse de la tiranía de alguna de ellas.

Toda cultura nacional define una frontera, los límites territoriales de inclusión de los unos y de exclusión de los otros (los *bárbaros* de los antiguos griegos). Si se quiere avanzar en un proceso de integración / unidad y, sobre todo, si se pretende avanzar hacia ella por la cultura, transgredir, pasar por encima de esas fronteras es una tarea necesaria e imperiosa. Lo es porque para integrarnos necesitamos redefinir las culturas. Construir un nuevo y diferente nosotros requiere, como una inicial *conditio sine qua nom*: aceptar al otro y su discurso, capaz de permitir la superación de la implícita “actitud espontánea de neofobia” de la que es portadora toda cultura, a modo de coraza contra eventuales contaminaciones. Es en ese punto donde se sitúa la “creatividad del cruce de culturas”, de su intercomunicación. Es ésta, como bien dice el español Emilio Lamo de Espinosa, la que debilita esa coraza. Se trata de una tarea, al menos inicialmente, propia de “gentes en los bordes, en las fronteras, que cruzan una y otra vez sus límites y, por ello, toman distancias y se ven obligados a traspasarlos”.

El coeficiente histórico de la unidad latinoamericana ha generado, a lo largo de poco más de dos siglos, proyectos, propuestas, objetivos que a veces han coincidido y otras han discrepado. Para algunos, el anclaje en ese pasado es la mejor base para pensar y encarar la unidad latinoamericana hoy. Para otros, entre quienes nos contamos, el coeficiente histórico muestra contenidos que es necesario recuperar tal como han sido formulados originariamente o reajustados al siglo XXI, pero los fundamentos más sólidos no se encuentran en el pasado sino en el futuro, en lo que tenemos que crear, porque el futuro es siempre horizonte de posibilidades. El venezolano Simón Rodríguez –más recordado por haber sido el maestro de Bolívar que por la enjundia de su pensamiento, que hay que rescatar del olvido- escribió en 1828 palabras que aún hoy son plenamente vigentes. En su tesitura, la originalidad de la América que había sido española requería instituciones, gobiernos y medios para fundar a éstos, también originales. Y concluía: *O inventamos, o erramos*.

De eso se trata: de inventar o de errar. No de imitar, porque, si lo hacemos, erraremos. Tenemos ejemplos de sobra. Y en materia de integración, para yerro, con el de la Unión Europea basta y sobra. Al igual que José Cecilio del Valle, seamos también nosotros capaces de soñar, de soñar sueños factibles de ser concretados. Pero urge, porque como escribió alguna vez la austríaca Marie von Ebner Eschenbach, “Cuando llega el tiempo en que se podría, ha pasado en el que se pudo”.

Ya en los años 1860, el chileno Francisco Bilbao proclamaba, con entusiasmo, que había llegado el momento histórico de la unidad latinoamericana, momento que abría la segunda campaña: la que a la independencia debía agregar “la asociación de nuestros pueblos”. No pudo ser entonces. Pero debemos apostar a que pueda serlo ahora. También para contribuir a ese propósito fue escrito este libro: para pensar y construir un orden emancipatorio.

Finalmente, una vez más, un cálido agradecimiento a Vanesa Hernández, nuestra editora. Trabajar con ella es siempre un placer. También a Héctor Di Gloria y Brenda Axelrud, que coordinaron y supervisaron todo el circuito de reproducción, a Pablo Dente, colaborador desde el armado y a Melisa Wortman y Clara Virasoro, encargadas de la normalización de archivos y cotejos.